

## ARTÍCULOS

---

### LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA: ASCENSO Y DESCENSO DEL ZAPATISMO.

María Novoa Portela  
Universidad Autónoma Metropolitana  
[mpnp@correo.azc.uam.mx](mailto:mpnp@correo.azc.uam.mx)

**Resumen:** Este estudio hace un análisis del auge y declive del zapatismo en el contexto de la Revolución mexicana de 1910. Entre 1911 y 1915 su gran fuerza popular se debió a su reivindicación de las tradiciones colectivistas e igualitarias de las comunidades indígenas que marcaron su carácter revolucionario; y su debilitamiento, a partir de 1915, tuvo que ver, paradójicamente, con esa misma naturaleza precapitalista que le impidió construir un proyecto de nación que uniera a otras clases subalternas del país alrededor de un programa que enfrentara al proyecto de la burguesía mexicana.

**Palabras clave:** Revolución, México, zapatismo, auge, declive.

**Title:** SOCIAL MOVEMENTS IN THE MEXICAN REVOLUTION: THE RISE AND FALL OF THE ZAPATISTA MOVEMENT.

**Abstract:** The study provides an analysis of the rise and decline of the Zapatistas in the context of the Mexican Revolution of 1910. Between 1911 and 1915 its great strength was due to popular demand of the collectivist and egalitarian traditions of indigenous communities that marked its revolutionary character, and its weakening after 1915 had to do, paradoxically, that same nature that prevented him from pre-capitalist build a national project to join other subaltern classes of the country around a program that faced the project of the Mexican bourgeoisie.

**Keywords:** Revolution, Mexico, Zapatista movement, peak, decline.

## 1. Introducción

Abordar el análisis de la Revolución mexicana se presenta siempre como una tarea con un campo sumamente extenso para trabajar, debido a la diversidad de aspectos que se pueden observar en tan complejo acontecimiento. Simplemente, desde el plano del análisis historiográfico --que es el que, en principio, acota este texto--, la diversidad de elementos susceptibles de enfocarse es casi inacabada. Aspectos políticos, económicos, militares, regionales, nacionales, con derivaciones internacionales, culturales, así como la evaluación de los distintos periodos distinguibles y de sus protagonistas individuales y colectivos, han aportado a una muy extensa bibliografía.

---

Recibido: 24-10-2011  
Aceptado: 27-03-2012

**Cómo citar este artículo:** NOVOA PORTELA, María. Los movimientos sociales en la Revolución mexicana: ascenso y descenso del zapatismo. *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea]. 2012, n. 8. Disponible en: <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. [Consulta: Fecha de consulta]. ISSN 1989-211X.

Dentro de esta amplia gama temática, destacaremos el de la participación de los movimientos de masas en la Revolución, punto en donde destacan esencialmente tres movimientos: los sectores obreros y populares que desde las últimas etapas del porfiriato y hasta los inicios del corporativismo posterior a la Revolución se vieron influidos por corrientes políticas anarquistas y anarcosindicalistas lideradas por los hermanos Flores Magón: el magonismo. El fenómeno de masas campesinas que bajo la conducción de Francisco Villa se levantaron en armas y constituyeron la expresión popular más poderosa de la Revolución en el terreno de lo militar: el villismo. Y la experiencia de organización militar, pero sobre todo social, económica y política que comunidades campesinas del sur y centro del país protagonizaron bajo el liderazgo de Emiliano Zapata: el zapatismo.

Desde sus diferentes orígenes, trayectorias y composiciones de clase --y a pesar de no haber logrado más que esporádicamente su unificación y actuación conjuntas--, estos tres movimientos sociales representaron los puntos de resistencia anticapitalista a los distintos proyectos políticos de la burguesía mexicana que entre 1910 y 1920 buscaron recomponer su poder y su hegemonía ante el agotamiento de la opción que durante casi medio siglo había representado la oligarquía porfirista.

Para no perdernos en un tema que promete una inmensidad de asuntos por tratar, en el presente trabajo nos limitaremos muy específicamente a analizar al zapatismo, el movimiento social que tuvo como escenario geográfico principal el estado de Morelos, al sur de la república mexicana. Trataremos, no obstante, de registrar todas las aristas que tan singular movimiento muestra: la legitimidad social e incluso histórica que lo sostenía; su extensión más allá de Morelos, que lo llevó a cubrir buena parte del sur y centro del país; sus referentes nacionales que lo insertaron en el conjunto del fenómeno político, social y militar que conocemos como la Revolución mexicana; sus distintas facetas de ejército popular, de movimiento político con programa propio y autonomía, de estructura de gobierno e incluso de Estado regional.

Todos estos aspectos serán analizados sin abandonar el punto de partida original: el de considerar al zapatismo, tanto en su etapa de ascenso como en la de descenso, un movimiento social, es decir, “un agente colectivo que interviene en el proceso de transformación social (promoviendo cambios, u oponiéndose a ellos)”<sup>1</sup>.

Trataremos de demostrar que el ascenso e importancia que el zapatismo alcanzó entre 1911 y 1914, como referente para el conjunto de las clases bajas del país, tuvo como sustento el hecho de que esas comunidades campesinas del sur y centro del país --apoyadas en sus milenarias tradiciones y costumbres colectivistas e igualitaristas, en su también milenaria resistencia ante el despojo de sus tierras ancestrales y en el escenario de un país todavía entonces eminentemente rural-- pudieron presentarse como un movimiento social con un programa político anticapitalista, por ende, diferente y opuesto al del maderismo, el huertismo y el carrancismo.

---

<sup>1</sup> RIECHMANN, Jorge y FERNÁNDEZ BUEY, Francisco. *Redes que dan libertad*. Barcelona: Paidós, 1994, p. 47.

Al mismo tiempo, buscaremos explicar el motivo del descenso del movimiento zapatista mostrado a partir de 1915, analizando el hecho de que el carácter antisistémico del zapatismo encerraba una perspectiva precapitalista desde la cual, sin la conjunción con otros sectores populares modernos --el proletariado--, era imposible que tuviera la capacidad de construir un proyecto de nación para enfrentar el proyecto de la burguesía. Sin ser un proyecto opuesto a la modernidad, el movimiento campesino sureño era incapaz de tener por sí solo la capacidad de encabezar al conjunto de los sectores de las clases subalternas para darle a la crisis revolucionaria una salida en favor de las clases desfavorecidas de todo el país.

## **2. El zapatismo: un movimiento popular anticapitalista**

En un reducido periodo histórico de diez años (1909-1919), el zapatismo mostró una gran capacidad de influir y llevar a la realidad importantes transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales, capacidad que lo llevó a tener un ascenso vertiginoso hasta finales de 1914, para después, y hasta la muerte de su principal dirigente, Emiliano Zapata, en 1919, evidenciar sus también grandes limitaciones que lo condujeron a un igualmente rápido descenso.

Entender esta aparente paradoja sólo lo permite el análisis de los componentes sociales que constituyeron a este movimiento y, sobre todo, aprehenderlo como un movimiento en el que confluyeron sectores campesinos de distintos tipos, que tenían como común denominador y punto de identidad su relación con la tierra.

Todos los estudios historiográficos del zapatismo coinciden en ubicar dos componentes principales en el movimiento zapatista: por un lado, comunidades campesinas que o bien habían resistido el acoso de las haciendas y mantenían la propiedad de sus tierras o que, habiendo perdido sus propiedades ante el avance de las haciendas sobre los pueblos durante el porfiriato, luchaban ahora por recuperarlas; por el otro, un proletariado agrícola, por ende de origen igualmente campesino pero que había nutrido, ya en su carácter de asalariados, los centros de producción azucarera, principalmente del Estado de Morelos.

Sin embargo, no se debe perder de vista que en muchas ocasiones estas diferencias eran imperceptibles, pues esos componentes de un naciente proletariado agrícola seguían siendo --o apenas lo habían dejado de ser una generación anterior-- miembros de esas comunidades y pueblos campesinos que defendían la propiedad de sus tierras o luchaban por su recuperación.

Más allá de su relación de propiedad o no sobre la tierra, unos y otros compartían la visión de ésta, de la tierra, como el punto nodal de una filosofía y forma de vida que el avance del capitalismo trataba de eliminar. Los unía el hecho de que la tierra no era solamente ni principalmente el medio de producción colectivo que les proporcionaba sustento; era mucho más que eso: era el ámbito en el que se producía el conjunto de su existencia misma desde los vínculos históricos que compartían y que habían generado una cultura propia hasta las relaciones sociales y económicas.

De las comunidades campesinas, el zapatismo se nutrió y cosechó su sentido de resistencia milenaria en defensa de sus tierras; de la historia de esos pueblos que se

remontaba a la época virreinal, el zapatismo extrajo el sentimiento de legitimidad que su lucha por la tierra requería en contra de los hacendados porfiristas y de los proyectos antiagraristas de los primeros gobiernos revolucionarios. La posesión de documentos que les otorgaban propiedad sobre sus tierras y sobre las que las haciendas les habían quitado dio cohesión a ese creciente conglomerado de pueblos y comunidades que se reconocieron en su lema central: la tierra es de quien la trabaja. Y ese sentido de propiedad sobre la tierra se nutrió también de esa capacidad de resistencia que incluso después de derrotado mostró el movimiento zapatista<sup>2</sup>.

De los trabajadores de los ingenios azucareros, para entonces una industria floreciente y en expansión<sup>3</sup>, el zapatismo tomó su vertiente proletaria y con ello una vena mucho más clara de confrontación clasista entre desposeídos y propietarios. La visión que esos trabajadores de los ingenios azucareros tenían sobre las condiciones de explotación que sus patrones les imponían encontró punto de confluencia con aquel otro sector del zapatismo que, si bien propietarios, acumulaba también una larga lista de agravios de hacendados y dueños de ingenios, que muchas veces eran la misma persona.

Así, este componente de trabajadores libres aportó al zapatismo una visión más amplia de la lucha nacional, que se reflejó tanto en la búsqueda, desde un inicio y permanentemente, de darle a su lucha una perspectiva no sólo regional sino nacional y de darle una dimensión no sólo agraria sino también obrera, intentando, aunque sin éxito, alianzas sólidas con otros sectores con potencial revolucionario.

Pero también en esa amalgama de sectores de las diferentes capas empobrecidas de la población, el zapatismo encontró la fuente de sus principales contradicciones y limitaciones; las primeras se expresaron sobre todo en la manifestación de distintas corrientes en su seno: las moderadas, que jalaban con frecuencia hacia la conciliación con las distintas direcciones burguesas de la Revolución (maderistas, primero; constitucionalistas, después), y las radicales, que imprimieron hasta el final este sello que permitió al movimiento extender su supervivencia en condiciones cada vez más adversas y aisladas.

En cuanto a las limitaciones que su composición de clase mostraba, sin duda las principales fueron aquellas que le impidieron proponer al conjunto de fuerzas revolucionarias un programa político y un proyecto de nación alternativo al que el maderismo, el carrancismo y posteriormente el obregonismo impusieron al país, al tiempo que sofocaban las revueltas campesinas en todo el territorio.

En todo caso, las peculiaridades del movimiento zapatista hicieron de él “la expresión más concentrada de la irrupción nacional de las masas campesinas”,

---

<sup>2</sup> Entre un sinnúmero de fuentes sobre los antecedentes de las comunidades campesinas del centro-sur del país, puede verse la recapitulación pormenorizada de SOTELO INCLÁN, Jesús. *Raíz y razón de Zapata*. México: Editorial de la CFE, 1970. Asimismo, puede consultarse a ÁVILA ESPINOZA, Felipe Arturo. *El zapatismo: orígenes y peculiaridades de una rebelión campesina* [tesis de doctorado]. México, s/f.

<sup>3</sup> Un estudio sobre las consecuencias directas de la modernización de la industria azucarera de Morelos en la explosividad de la rebelión zapatista puede verse en CRESPO, Horacio. *Modernización económica y conflicto social. Los orígenes del zapatismo* [en prensa].

“centro nacional de la resistencia a la transacción burguesa” y un “primer ensayo de poder obrero y campesino en América Latina”<sup>4</sup>, necesario de ser explorado para entender nuestra actualidad.

### 3. Implantación regional y alcance nacional del movimiento

Es recurrente hablar del zapatismo como un movimiento enmarcado geográficamente en el Estado de Morelos, y, sin duda, en esencia así fue. Surgido entre las poblaciones vecinas de Villa de Ayala y Anenecuilco --de donde eran originarios Pablo Torres Burgos y Emiliano Zapata, respectivamente, principales impulsores de la rebelión en sus inicios--, el movimiento zapatista cristalizó ahí un proceso de construcción de su liderazgo, forjado desde muchos años antes, poco a poco, en un trabajo lento de apoyo a las luchas por la tierra y en contra de los hacendados. Igualmente, desde ahí habían hecho estos dirigentes sociales sus pininos en las contiendas políticas, apoyando las candidaturas de oposición al porfiriato en las elecciones de gobernador.

Una clara consecuencia con estos ideales tejieron la identificación de este liderazgo con las masas campesinas de Morelos, identificación que en el momento de la rebelión dio rápidos frutos. Prontamente, las no más de siete decenas de levantados en armas que se sublevaron el 11 de marzo de 1911 en Villa de Ayala pasaron a 4 mil, dos meses después, cuando, ya con Zapata como líder indiscutible, tomaron la ciudad de Cuautla.

El movimiento se extendió entonces a todo el estado y a sus alrededores. Desde ese momento, hubo muchas pruebas de su profundo enraizamiento social. En el plano militar, su calidad esencialmente de guerra de guerrillas probó su estrecho vínculo social cuando, una y otra vez, burló las embestidas militares enemigas, transformándose los zapatistas de soldados a campesinos, como se pasa de la noche al día y viceversa. Una transformación tal sólo se puede explicar por el hecho de que más que un ejército, los zapatistas eran poblaciones en armas involucradas en la guerra sin abandonar sus tierras y sus quehaceres.

Asimismo, como veremos con más amplitud líneas adelante, esta profunda y extensa base social zapatista en todo Morelos se expresó en posteriores momentos de la Revolución mexicana, como cuando, ya en reflujo, el gobierno nacional de la Convención de Aguascalientes encontró sede segura en Cuernavaca; igualmente, la extensión del reparto agrario a todo el estado y su defensa con las armas muestra la indiscutible fuerza local del zapatismo.

Pero, si bien morelense en sus inicios, el movimiento social zapatista abarcó también, como movimiento social, más allá de sus reflejos nacionales, por lo menos amplias regiones de Guerrero, el Estado de México, Puebla, Tlaxcala y el sur de la Ciudad de México.

El fuerte desarrollo del movimiento zapatista guerrerense ha sido estudiado y documentado ampliamente por Renato Ravelo<sup>5</sup>. En muchos aspectos es comparable con la expresión del zapatismo en Morelos. Como éste, en sus momentos de

---

<sup>4</sup> GILLY, Adolfo. *La revolución interrumpida*. México: 1981, Ediciones El Caballito, 1971, pp. 49 y 308.

<sup>5</sup> RAVELO, Renato. *La revolución zapatista de Guerrero*. Chilpancingo: UAG, 1990.

ascenso, el zapatismo guerrerense abarcó prácticamente todo el estado, en la Montaña, Tierra Caliente, Costa Chica, el norte y el centro. Su radicalismo y consecuencia se mostraron también al enfrentar durante todo el periodo de la lucha armada a los distintos ejércitos que se oponían a la profundización de la revolución agrarista: el porfirista, el maderista y el constitucionalista.

Su pujanza militar y su raigambre popular le permitieron constituirse en gobierno propio, el de Jesús Salgado, si bien sin lograr la hegemonía política frente a los gobiernos huertistas y constitucionalistas, lo que también le impidió una profundización, aunque fuera temporal, del reparto agrario y de otras conquistas sociales, como la educación. Durante el periodo de descenso general del zapatismo, su expresión guerrerense fue abandonando las ciudades para limitar su presencia a las zonas rurales, hasta 1919, cuando con la muerte de Zapata, la lucha por la tierra en Guerrero tomó otras formas y otras banderas.

Con excepción del distrito de Chalco-Amecameca --donde el movimiento zapatista morelense aprovechó la colindancia para establecer incluso campamentos guerrilleros más o menos fijos en la siempre protectora región serrana de los volcanes Ixtlaccíhuatl y Popocatépetl--, el movimiento zapatista se manifestó tardíamente en el Estado de México y nunca con la fuerza suficiente como para establecer estructuras de gobierno estables. Esencialmente, su expresión se limitó al acoso militar de distintas poblaciones.

No obstante su carácter intermitente, entre finales de 1911 y finales de 1912, tras la negativa maderista de retribuir las tierras a los campesinos que el porfiriato había despojado y con el Plan de Ayala zapatista como bandera, su presencia en el estado se convirtió en una seria preocupación para el gobierno que encabezaba Manuel Medina. Según algunos documentos de la época, los reportes del gobierno a la capital del país demandando apoyo para detener las incursiones zapatistas calculaban hasta en 5 mil los hombres armados que acosaban a poblaciones como Coatepec, Ixtapan de la Sal, Sultepec, Almoloya, Santiago Tianguistengo y Tenango, llegando a ubicar a escasos kilómetros de la capital Toluca<sup>6</sup>. Finalmente, al terminar el año de 1912, el refuerzo militar recibido con Aureliano Blanquet a la cabeza fue reduciendo la presencia zapatista en el estado.

Mención aparte, como hemos señalado, merece la presencia zapatista en la región de Chalco y Amecameca. Como ha documentado en distintos estudios Marco Antonio Anaya<sup>7</sup>, el movimiento social zapatista en esta región tuvo alcances mayores que en el resto del estado, tanto en el tiempo como en sus componentes sociales e incluso militares. Liderado principalmente por Everardo González, pero contando también con la frecuente presencia de las fuerzas que comandaba Genovevo de la O --uno de los principales lugartenientes de Emiliano Zapata--, desde la promulgación del Plan de Ayala y hasta finales de 1916, la revolución zapatista se hizo presente en la región de los volcanes, restituyendo tierras y nacionalizando fábricas. Fue un movimiento no sólo campesino, pues agrupó a trabajadores ferrocarrileros y textiles de la región.

---

<sup>6</sup> ROMERO, M. E. El zapatismo mexiquense en la mira del gobierno estatal, 1911-1913 [en prensa].

<sup>7</sup> Ver, sobre todo, ANAYA PÉREZ, Marco Antonio. *Rebelión y revolución en Chalco Amecameca, estado de México 1821-1921*. México: INEHRM/UACH, 1997.

La presencia del zapatismo en Puebla y Tlaxcala estuvo marcada por el papel que en esa región jugó Domingo Arenas, un personaje polémico en los estudios historiográficos<sup>8</sup>. Más allá de estas distintas versiones sobre dicho personaje, lo real es que en esta región el movimiento zapatista pocas veces alcanzó a unificar su liderazgo, lo que le impidió fortalecerse política y militarmente. El punto más alto de su presencia militar en la región fue sin duda la toma de la ciudad de Puebla en diciembre de 1914, aunque no hay que olvidar el contexto en el que ésta se dio: el avance de los convencionistas sobre el centro del país y la llegada de los ejércitos campesinos de Villa y Zapata a la Ciudad de México, cenit incuestionable de estas corrientes populares y nadir de sus distintos oponentes burgueses.

Por último, en lo que respecta a la presencia regional del movimiento zapatista, es importante dedicar unas líneas a la parte sur de la Ciudad de México, en particular a las zonas del Ajusco, Milpa Alta y Xochimilco, e incluso San Ángel y Tlalpan. En un ensayo que está por publicarse<sup>9</sup>, María Teresa Álvarez distingue cuatro etapas en la relación entre los zapatistas y las poblaciones del sur de la capital de la República. Durante el maderismo, las acciones militares tuvieron como objetivo frecuente el asalto al tren Cuernavaca-México, además de incursiones de las partidas zapatistas en las montañas y poblados de la región, lo que fue consolidando una corriente de simpatía hacia los alzados.

Durante la lucha contra el huertismo y hasta los trabajos de la Convención de Aguascalientes, destaca el ataque zapatista a Tlalpan en plena Decena Trágica. El gobierno de Huerta asumió el sur de la ciudad como zona enemiga debido a la influencia zapatista, por lo que en varias ocasiones dejó sentir su mano dura contra estas poblaciones. Para entonces, grupos locales, como el de Valentín Reyes, en el Ajusco, asumieron plenamente su filiación zapatista y su incorporación a la guerra.

Tras la entrada de los ejércitos villistas y zapatistas a la Ciudad de México en diciembre de 1914, la presencia zapatista en el sur de la ciudad alcanzó su mayor nivel, al grado de que se dieron casos de reparto agrario conforme a las normas del Plan de Ayala. Finalmente, entre 1915 y 1920, el zapatismo regresó prácticamente a su etapa inicial, con acciones de acoso al tren de Cuernavaca y esporádicas escaramuzas en la región.

Pero este recorrido por la implantación militar y social del zapatismo en el centro y sur del país no debe hacer a un lado la influencia e importancia políticas que el movimiento alcanzó en todo el territorio nacional y, sobre todo, el interés permanente

---

<sup>8</sup> En *Breve historia de Tlaxcala* se relata con detalle la trayectoria de este dirigente social, quien, tras la derrota del huertismo, forma parte de los ejércitos constitucionalistas bajo las órdenes de Máximo Rojas; posteriormente, cuando las corrientes vencedoras se dividen entre constitucionalistas y convencionistas, Arenas se adhiere al zapatismo, para retornar a las filas carrancistas en diciembre de 1916; finalmente, muere a manos de los propios zapatistas en agosto de 1917. Véase RENDÓN GARCINI Ricardo. *Breve historia de Tlaxcala* [en línea]. México: ILCE. [Consulta: 31-01-2010]. Disponible en: <<http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/estados/libros/tlaxcala/html/tlaxc.html>>. Por su parte, estos pasos de Arenas de un bando a otro son calificados como un afán por aportar a la unificación de las corrientes revolucionarias: "El Gobernador de Tlaxcala intervino para que Arenas volviera a las filas constitucionalistas y Arenas accedió pensando que se produciría una unificación revolucionaria, por eso nunca reconoció el término sumisión o rendición. Arenas siempre habló (de) 'cuando nos unifiquemos'". Véase: LÓPEZ GONZÁLEZ, Valentín. *Los compañeros de Zapata*. México: Ediciones del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1980.

<sup>9</sup> ÁLVAREZ ICAZA, M. A. *El zapatismo rondando la capital* [en prensa].

de sus dirigentes por mantenerse unidos al proceso revolucionario que se vivía en todo el país. Varios hechos así lo demuestran.

Las condiciones de descontento y organización para la rebelión en Morelos estaban dadas prácticamente desde el mismo momento en que la Revolución estalló, el 20 de noviembre de 1910. Quienes fungirían como sus promotores iniciales, Pablo Torres Burgos y Emiliano Zapata, se habían fogueado ya en las luchas electorales antirreeleccionistas contra la oligarquía y contaban con un firme reconocimiento en amplios sectores sociales morelenses. Sin embargo, su participación activa en la revuelta se pospuso todavía cuatro meses, hasta que, en marzo de 1911, el primero regresó de Estados Unidos con la representación oficial del maderismo para el estado de Morelos y con la encomienda del propio Madero para que encabezara la lucha bajo la bandera del Plan de San Luis.

Muchos otros grupos en todo el país, con una visión más localista, habían emprendido desde antes la lucha; lo que poco después se constituiría en el zapatismo no lo hizo así: la búsqueda temprana de eslabonarse al maderismo nacional muestra esta perspectiva más amplia del movimiento sureño.

La actitud de zapata, al esperar el reconocimiento oficial del centro maderista antes de alzarse y al resistir la presión de los otros grupos que ya habían tomado las armas, no era oportunismo sino intuición política. En su intención no estaba una rebelión campesina local, sino una revolución que asegurara las tierras. Por eso su preocupación por la afiliación nacional del movimiento del sur era una preocupación profundamente política: el grupo de Ayala quería estar unido a un programa nacional, y ese programa era entonces el Plan de San Luis<sup>10</sup>.

En lo subsiguiente y hasta su descenso, el movimiento zapatista mantendría este vínculo con los acontecimientos en todo el país, a pesar de sus dificultades logísticas y de recursos para ello. Lo anterior lo favoreció también el reconocimiento nacional de diversos grupos campesinos al programa político que el zapatismo enarboló.

En efecto, en el momento que el principal incentivo de las masas campesinas en todo el país: el reparto de tierras, se vio traicionado por el maderismo, el carácter de avanzada del zapatismo y su influencia nacional se plasmaron en el reconocimiento del Plan de Ayala zapatista como la nueva bandera en torno de la cual se agrupaba la lucha popular, nacionalmente.

La dimensión nacional del zapatismo y de su programa agrario se evidenció sobradamente durante los trabajos de la Convención de Aguascalientes; aunque la presencia de la delegación zapatista sólo fue con voz y sin voto, es decir, prácticamente una delegación extraoficial, su arribo a la reunión dotó de contenido político a la misma y, colocó de su lado no sólo a los delegados villistas sino incluso a parte de los representantes del carrancismo. El contenido político del Plan de Ayala resolvió a favor de las masas campesinas los trabajos de la Convención, por más que ese triunfo político quedara derrotado en lo militar en los años siguientes.

---

<sup>10</sup> GILLY, Adolfo. Op. cit., p. 55.



La Convención de Aguascalientes era entonces el gobierno efectivo de México y su adopción de los artículos del Plan de Ayala, aun cuando no fue más que en principio, era el primer compromiso oficial de llevar a cabo una política de bienestar rural de que se tuviese noticia en la historia de la nación (...) que ahora un gobierno anunciase el derecho especial de los pobres del país a recibir sus servicios, esto, por sí solo, indicaba hasta qué punto y hasta dónde la revolución había dado satisfacción al deseo de justicia de la gente. Y la fuerza motriz del cambio habían sido los revolucionarios de Morelos<sup>11</sup>.

#### **4. Un movimiento social con programa y autonomía políticos**

El análisis del programa político del movimiento social zapatista y de su relación con el grado de autonomía que éste le otorgó en el maremágnum de grupos, corrientes y acontecimientos que se fueron sucediendo a partir de 1910 es imprescindible para entender al zapatismo. Por limitado que este programa fuera a las cuestiones agrarias, constituyó una guía que orientó al movimiento en todo momento, que marcó su relación de afinidades y de influencia sobre otros sectores revolucionarios (el villismo) y también su distancia y, en su momento, su ruptura con los sectores revolucionarios que sólo representaban salidas burguesas al derrocamiento de la oligarquía porfirista. Este programa fue también la herramienta que orientó la construcción de los gobiernos zapatistas e incluso las estructuras de un Estado, por regional que fuera su alcance, tema que abordaremos en el siguiente apartado.

A su vez, este programa no podría haber surgido solamente de las cabezas, por brillantes que fueran, de un grupo dirigente o de intelectuales sensibles al medio rural mexicano, ni hubiera empapado al conjunto de las masas campesinas del país, si en su base, es decir, abajo, no hubiese existido un movimiento social. Queremos reiterar con ello lo que señalamos al inicio: antes que un ejército, antes que un grupo de intelectuales, el Ejército Libertador del Sur y su Junta Revolucionaria sólo eran la dirección, electa y reconocida como tal, de un conjunto amplio de comunidades, pueblos y pobladores levantados en armas en demanda de tierra y libertad. Su poder lo debían a ellos, pero también su margen de movimiento y su capacidad de decisión.

Con estas premisas, el movimiento zapatista efectuó su, al final efímero, paso por las filas del maderismo para muy pronto romper con él y expresar su autonomía política, con la promulgación del Plan de Ayala, el 25 de noviembre de 1911, apenas a un año del inicio de la Revolución y a tres semanas de la llegada a la presidencia de Francisco I. Madero.

Compartimos el análisis que hace Gilly del Plan de Ayala, en el que destaca dos aspectos fundamentales del documento:

Uno es el punto que plantea la nacionalización de todos los bienes de los enemigos de la Revolución, que es decir de todos los terratenientes y capitalistas de México.

El otro, que va más allá del ala pequeñoburguesa jacobina, que de hecho trasciende los marcos jurídicos burgueses y tiene un contenido objetivo anticapitalista, es el que dispone que los campesinos despojados de sus tierras

---

<sup>11</sup> WOMACK, John. *Zapata y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI, 1980, p. 214.

entrarán en posesión de ellas desde luego, es decir, las tomarán inmediatamente ejercitando su propio poder. Esa posesión será mantenida "a todo trance, con las armas en la mano"<sup>12</sup>.

Desde su promulgación, el Plan de Ayala empezó a aplicarse, sin esperar más triunfo revolucionario que el que cotidianamente se conquistaba, ni aval de gobierno alguno más que el suyo propio, el gobierno que el movimiento zapatista iba implantando aquí y allá, fuese en Morelos, en Guerrero o en el Ajusco.

Como hemos señalado ya, ese mismo programa que otorgaba independencia política y de acción fue el que dotó de proyecto a la Convención de Aguascalientes y el que, con el gobierno de la misma, y en particular de su secretario de Agricultura y Colonización, el zapatista Manuel Palafox, fue convirtiéndose en hechos mediante la dotación de tierras en todos aquellos lugares en donde el zapatismo era gobierno y en donde, con las armas en la mano, esos pueblos sublevados defendían y mantenían la vigencia de los repartos agrarios.

De esta forma, un movimiento social como base de un programa agrario radical para todo el campesinado mexicano, movimiento social que a su vez era el actor social que ponía en práctica dicho programa político y defendía sus resultados en su calidad de pueblo en armas fue la fortaleza del zapatismo que le garantizó su independencia política. Pero, esos elementos encerraban también sus limitaciones y debilidades.

Al limitarse a ser un programa y un movimiento social campesinos, y a pesar de que algunos aspectos del Plan de Ayala afectaban directamente al sistema, el zapatismo se mostró imposibilitado para proponer al conjunto de las clases subalternas del país un proyecto de nación alternativo en el que éstas fueran las protagonistas; por el contrario, las distintas facciones de la burguesía, fueran éstas los resabios del porfiriato o los hacendados e industriales que se habían montado en la marea revolucionaria que los ejércitos campesinos habían provocado, sí tuvieron ese proyecto de nación en el que incluso legitimaron el Estado surgido de la Revolución incorporando en el proyecto, de manera subsidiaria, a los obreros y a los campesinos.

Por si fuera poco, la composición social del zapatismo encerró, latentemente durante la etapa de ascenso y de manera evidente durante el reflujo, las contradicciones internas que fueron desgajando a su dirección en un ala moderada y otra radical. Sólo el fuerte liderazgo de Zapata, su no transigir en las demandas campesinas y su sensibilidad social hacia otros grupos sociales desposeídos permitieron que el movimiento se mantuviera cohesionado; pero conforme la ola revolucionaria fue perdiendo fuerza en todo el país, tras la derrota militar del villismo y la consolidación del gobierno constitucionalista, la tendencia hacia la búsqueda de conciliación con otras fuerzas se fortaleció y, por ende, el sector más consecuente y radical se debilitó.

Por último, las características peculiares del movimiento social zapatista en sus aspectos militares llegaron también hasta sus límites. Conforme las fuerzas militares

---

<sup>12</sup> GILLY, Adolfo. Op. cit., pp. 63-64.

constitucionalistas fueron tomando el control del territorio nacional después derrotar al otro gran ejército campesino, la División del Norte de Francisco Villa, ese ejército de campesinos armados que era el Ejército Libertador del Sur tuvo que retraerse a sus puntos de mayor fortaleza, al punto de que Morelos llegó a ser el único estado de la federación no gobernado por el constitucionalismo.

Al iniciar 1919, las principales ciudades de Morelos habían vuelto a manos del ejército constitucionalista, orillando a los zapatistas a retirarse a sus refugios en las montañas. Esa situación de aislamiento y de acoso militar permanente terminó por ser insostenible.

El punto de definición de estas contradicciones internas y externas lo representó la desaparición física de Zapata el 10 de abril de 1919. Con su muerte, ese centro de la revolución agraria fue derrotado; aquellos campesinos armados regresaron a su calidad simplemente de campesinos, guardando las armas para otros tiempos más prometedores, en el mejor de los casos.

Replegadas sobre sí mismas, sobre sus formas y relaciones de vida social, sobre las conquistas incorporadas a su conciencia histórica por diez años de revolución, las masas continuaron ahí mismo la defensa tenaz de las conquistas materiales con los medios a su alcance, se prepararon a pasar unidas en sus pueblos las épocas difíciles y pacientemente comenzaron a urdir en su vida cotidiana el tejido social de futuras etapas revolucionarias<sup>13</sup>.

## 5. Experiencia de gobierno y de construcción de un Estado

En noviembre de 1911, cuando el movimiento revolucionario sureño promulgó el Plan de Ayala, no solamente se dotó de un programa de lucha, sino también de un programa de gobierno. En los años que siguieron, este documento histórico, acompañado de la Ley Agraria (28 de octubre de 1915), de la Ley General del Trabajo (7 de noviembre de 1915), de la Ley General sobre Libertades Municipales (15 de septiembre de 1916), de la Ley Orgánica de Ayuntamientos para el Estado de Morelos (20 de abril de 1917) y de innumerables resoluciones y disposiciones de la Junta Revolucionaria y de sus generales se convirtieron en un “cuerpo” legislativo que orientó la convivencia en los pueblos zapatistas en materia de educación, abasto, salud, comunicaciones, relación de las tropas con las poblaciones y, por supuesto y sobre todo, dotación de tierras, bosques y aguas.

Un denominador común vertebró estos documentos y la labor gubernamental que de ellos se desprendía: la capacidad de decisión de las comunidades y el hecho de que esa capacidad se podía ejercer “desde luego”, “inmediatamente”. El Plan de Ayala lo señalaba en su artículo 6: “los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego”<sup>14</sup>, y la Ley Agraria lo ratificaba en su primer artículo: “Se restituyen a las comunidades e individuos, los terrenos, montes y aguas de que fueron despojados (...) para que entren

---

<sup>13</sup> GILLY, Adolfo. Op. cit., pp. 293-294.

<sup>14</sup> GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel. *Planes políticos y otros documentos*. México: INEHRM, 2004. p. 75.

inmediatamente en posesión de sus propiedades”<sup>15</sup>.

Asimismo, no se imponía una determinada forma de usufructuar las tierras, pues se reconocía “el derecho tradicional e histórico que tienen los pueblos, rancherías y comunidades de la República, a poseer y administrar sus terrenos de común repartimiento, y sus ejidos, en la forma que juzguen conveniente”<sup>16</sup>.

En este proceso de organización de la vida económica, política y social de los pueblos, destaca el esfuerzo realizado por echar a andar nuevamente los ingenios azucareros de la región, con una dirección estatal y en conjunto con las comunidades, ahora propietarias de las antiguas haciendas azucareras, así como el interés por establecer un sistema educativo, aunque precario y muy ligado a las necesidades de reforzamiento político del movimiento con su base social.

En esta última labor jugaron un papel principal, ya en la etapa de descenso del movimiento, las Asociaciones para la Defensa de los Principios Revolucionarios cuyas tareas consistían en: “procurar que la propaganda llegue hasta el seno de las familias y que los jefes de éstas inculquen a sus hijos y demás familiares los buenos principios, hagan que éstos tomen interés por la Revolución y comprendan que del triunfo de ella depende la felicidad de los hombres honrados y trabajadores y el progreso de los mexicanos en el orden de lo material como en el terreno de las libertades y derechos sociales y políticos y en el orden intelectual y moral”<sup>17</sup>.

Esta tarea de politización de las asociaciones se combinaba con una intensa labor social que terminó por convertirlas en “comités campesinos para todos los problemas políticos y aun cotidianos de la vida del pueblo”<sup>18</sup>.

Con herramientas rudimentarias, en medio de una guerra cada vez más adversa, las comunidades zapatistas vivieron la experiencia de ser gobierno, un gobierno construido desde abajo, vigilado desde ahí y protegido con las armas.

## 6. Conclusiones

Dentro de los movimientos sociales que llegaron a constituirse en colectivos con una actuación determinante durante la Revolución mexicana, el zapatismo destaca por el papel de dirección que llegó a jugar frente a un amplio sector de comunidades campesinas del centro y el sur del país, papel que también se plasmó en la influencia directa que tuvo sobre otros sectores del campesinado, así como en momentos cruciales del proceso revolucionario mexicano de principios del siglo pasado.

El zapatismo conjuntó múltiples facetas: movimiento campesino representativo de una larga tradición de luchas agrarias en la región; heredero de la legitimidad histórica de las comunidades originarias de estas tierras; ejército campesino arraigado fuertemente en las comunidades que lo convirtieron, más que en un

---

<sup>15</sup> WOMACK, John. Op. cit., p. 399.

<sup>16</sup> *Ibíd.*

<sup>17</sup> WOMACK, John. Op. cit., p. 273. El autor registra como fuente los Archivos de Zapata que resguarda ahora la Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>18</sup> GILLY, Adolfo. Op. cit., p. 272.

ejército, en un conjunto de pueblos sublevados; movimiento político que mediante su programa central, el Plan de Ayala, condujo en la región una política radical de reparto de tierras y de organización de la sociedad y de la economía sobre bases colectivistas e igualitarias.

Esta riqueza de elementos permitieron, en una primera fase, de 1911 a 1914, que el zapatismo se convirtiera en un movimiento en ascenso que irradió su radicalismo a todo el medio rural del país, al que proveyó de un programa de acción y de lucha alternativo al de la burguesía; por ello, en ese periodo de ascenso fue el centro más importante de la resistencia popular nacional y anticapitalista contra los proyectos burgueses de solución al agotamiento de la oligarquía porfirista y de la crisis revolucionaria que ella generó.

Sin embargo, las limitaciones internas del movimiento y las condiciones externas a él le impusieron finalmente un paulatino descenso en su influencia nacional y en la defensa de los espacios ya conquistados. Su esencia rural en un país y un mundo que viraban rápidamente hacia la modernidad capitalista y hacia la vida urbana con nuevos actores políticos principales, así como la ausencia de otros polos de ascenso de luchas obreras y populares relevantes en el marco de la ola revolucionaria general, impusieron al zapatismo un repliegue para, desde esa situación iniciar un nuevo periodo de resistencia frente a los gobiernos burgueses emanados de la Revolución.

Ese periodo de resistencia tuvo resultados inmediatos, pues los primeros gobiernos constitucionalistas tuvieron que ceder al poder que aún derrotados conservaban esos pueblos rebeldes, por lo que Morelos se convirtió en el primer estado y por mucho tiempo único, en donde las autoridades tuvieron que cumplir con el reparto agrario.

Pero también ese periodo de resistencia siguió dando frutos más mediatos y lejanos en el tiempo. Los distintos movimientos agrarios del siglo XX mexicano tuvieron como referente la lucha de los campesinos sureños zapatistas y aun en los albores del nuevo siglo, su experiencia de organización políticamente autónoma, socialmente colectivista y militarmente protegida se ha convertido en paradigma para movimientos de la época como las comunidades indígenas de Chiapas y su Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

La gestación de formas de gobierno autónomas, de representación directa de las poblaciones, en donde los propios pobladores se turnan en la atención de la acción de gobierno, es decir de lo público, bajo la fórmula del “mandar obedeciendo”, se ha vuelto una realidad de gobierno de los de abajo que ya prefiguraban las leyes y decretos del Ejército Libertador del Sur, de su Junta Revolucionaria y de la Convención, cuando quedó en manos del zapatismo morelense.

## **7. Bibliografía**

ÁLVAREZ ICAZA, María Teresa. *El zapatismo rondando la capital* [en prensa].

ANAYA PÉREZ, Marco Antonio. *Rebelión y revolución en Chalco Amecameca, Estado de México. 1821-1921*. México: INEHRM/UACH, 1997.

- ÁVILA ESPINOZA, Felipe Arturo. El zapatismo: orígenes y peculiaridades de una rebelión campesina [Tesis de doctorado]. México, s/f.
- AZUELA, Salvador. *La Revolución mexicana. Estudios históricos*. México: INEHRM, 1988.
- CRESPO, Horacio. Modernización económica y conflicto social. Los orígenes del zapatismo [en prensa].
- GARCÍADIEGO, Javier [et al]. La Revolución. En: *Nueva historia mínima de México*. México: El Colegio de México; SEP, 2004.
- GARFIAS, Luis. *Historia militar de la Revolución Mexicana*. México: INEHRM, 2005.
- GILLY, Adolfo. *La revolución interrumpida*. México: 1981, Ediciones El Caballito, 1971.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel. *Planes políticos y otros documentos*. México: INEHRM, 2004.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Valentín, *Los compañeros de Zapata*. México: Ediciones del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1980.
- MAGAÑA, Gildardo. *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. México: INEHRM, 1985.
- RAVELO, Renato. *La revolución zapatista de Guerrero*. Chilpancingo: UAG, 1990.
- RENDÓN GARCINI, Ricardo. *Breve historia de Tlaxcala* [en línea]. México: ILCE. [Consulta: 31-01-2010]. Disponible en: <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/estados/libros/tlaxcala/html/tlaxc.html>.
- RIECHMANN, Jorge y FERNÁNDEZ BUEY, Francisco. *Redes que dan libertad*. Barcelona: Paidós, 1994.
- ROMERO, María Eugenia. *El zapatismo mexiquense en la mira del gobierno estatal, 1911-1913* [en prensa].
- SOTELO INCLÁN, Jesús. *Raíz y razón de Zapata*. México: Editorial de la CFE, 1970.
- WOMACK, John (Jr.). *Zapata y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI, 1980.